

SUBSIDIO LITÚRGICO

para el celebrante



RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Cristo resucitó. Aleluya (CLN, A 13); o bien: El Este es el día (CLN, 522); Gloria y honor a ti (CLN, A 8).

Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Sal 32, 5-6):

La misericordia del Señor llena la tierra, la palabra del Señor hizo el cielo. Aleluya.

SIGNACIÓN Y SALUDO AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Rx. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

El Dios de la vida, que ha resucitado a Jesucristo, rompiendo las ataduras de la muerte, esté con todos vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono, u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Llenos de profunda alegría celebramos la resurrección de Cristo que nos ama incondicionalmente, nos convoca para celebrar este amor y nos invita a anunciarlo con nuestros gestos y palabras en nuestra vida cotidiana.

En el concilio Vaticano II, hace ahora 50 años, Pablo VI instituyó la Jornada Mundial de la Oración por las Vocaciones.

En el cuarto domingo de Pascua, día del Buen Pastor, nos unimos a toda la Iglesia para suplicar a Dios el don de las vocaciones, de modo particular a la vida consagrada y al sacerdocio ministerial. Dios, Buen Pastor, cuida, guía y acompaña a su pueblo y necesita de obreros que anuncien la Buena Noticia. El tema que anima este año la Jornada es: “Las vocaciones, signo de la esperanza fundada sobre la fe”.

Agradecemos a Dios el don de la llamada al seguimiento de Jesús y la invitación a vivir como Él. Hoy de manera especial agradecemos la vida todas aquellas personas que, desde el sacerdocio y la vida consagrada, han entregado su existencia a Dios haciendo viva la presencia del Buen Pastor.

RITO DE LA BENDICIÓN Y ASPERSIÓN DEL AGUA

El sacerdote invita al pueblo a la plegaria, con estas palabras u otras semejantes:

Queridos hermanos: Invoquemos la bendición de Dios, nuestro Padre, y pidámosle que la aspersión de esta agua reavive en nosotros la gracia del bautismo, por medio del cual fuimos sumergidos en la muerte redentora del Señor para resucitar con él a una vida nueva.

Después de una breve oración en silencio, el sacerdote prosigue, diciendo:

Oh Padre, que del Cordero inmolado en la cruz haces brotar una fuente de agua viva.

℟. Bendice y purifica a tu Iglesia. [*O bien: Bendito seas por siempre, Señor.*]

℣. **Oh Cristo, que renuevas la juventud de la Iglesia en el baño del agua con la palabra de la vida.**

℟. Bendice y purifica a tu Iglesia. [*O bien: Bendito seas por siempre, Señor.*]

℣. **Oh Espíritu, que nos haces renacer de las aguas del bautismo como primicia de la humanidad nueva.**

DESPEDIDA

Luego, el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

Anunciad a todos la alegría del Señor resucitado. Podéis ir en paz.

℟. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote extiende las manos hacia el pueblo y dice:

El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas sobre el pueblo, dice:

El Dios, que por la resurrección de su Unigénito os ha redimido y adoptado como hijos, os llene de alegría con sus bendiciones.

R. Amén.

V. Y ya que por la redención de Cristo recibisteis el don de la libertad verdadera, por su bondad recibáis también la herencia eterna.

R. Amén.

V. Y, pues confesando la fe habéis resucitado con Cristo en el bautismo, por vuestras buenas obras merezcáis ser admitidos en la patria del cielo.

R. Amén.

V. La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

R. Bendice y purifica a tu Iglesia. [*O bien: Bendito seas por siempre, Señor.*]

V. Dios todopoderoso, que por medio de los sacramentos de la fe renuevas las maravillas de la creación y de la redención, bendice ✠ esta agua y concede que todos los renacidos en el bautismo sean mensajeros y testimonios de la Pascua, que se renueva incesantemente en tu Iglesia. Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

Terminada la bendición, el sacerdote toma el hisopo, se rocía a sí mismo y, luego, rocía a los ministros, al clero y a los fieles. Si le parece conveniente, puede recorrer la iglesia para la aspersión de los fieles.

Mientras tanto, se canta un canto apropiado (cf. CLN, A 81-84).

Una vez acabado el canto, el sacerdote, de pie y de cara al pueblo, con las manos juntas, dice:

Que Dios todopoderoso nos purifique del pecado y, por la celebración de esta Eucaristía, nos haga dignos de participar del banquete de su reino.

R. Amén.

A continuación se dice o se canta Gloria a Dios.

Si no se hace el rito de la bendición y aspersión del agua, tras la monición de entrada se hace el

ACTO PENITENCIAL

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

El Señor Jesús, que nos invita a la mesa de la Palabra y de la Eucaristía, nos llama ahora a la conversión. .../...

Reconozcamos, pues, que somos pecadores, e invoquemos con esperanza la misericordia de Dios.

Se hace una breve pausa en silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro idóneo, dice las siguientes invocaciones:

– **Tú, el Primogénito de entre los muertos: Señor, ten piedad.**

℟. Señor, ten piedad.

– **Tú, el vencedor del pecado y de la muerte: Cristo, ten piedad.**

℟. Cristo, ten piedad.

– **Tú, la resurrección y la vida: Señor, ten piedad.**

℟. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdona nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos de la letra C) o se dice el himno:

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios, Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo. Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

LITURGIA EUCARÍSTICA

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: El cáliz que bendecimos (CLN, 536); o bien: Donde hay caridad o amor (CLN, O 26).

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

Pastor bueno, vela con solicitud sobre nosotros y haz que el rebaño adquirido por la sangre de tu Hijo pueda gozar eternamente de las verdes praderas de tu reino. Por Jesucristo nuestro Señor.

℟. Amén.

— Por los pastores de la Iglesia, por el Papa, los obispos, los presbíteros y diáconos, para que les fortalezcas en su tarea de acompañar y alentar la vida de fe de los creyentes. Roguemos al Señor.

R/. Te rogamos, óyenos.

— Por la Iglesia, por la comunidad de creyentes, para que el testimonio vivo y comprometido de sus miembros contagie la alegría del seguimiento a Jesús. Roguemos al Señor.

R/. Te rogamos, óyenos.

— Por los líderes, gobernantes y dirigentes de todos los países, para que, en este momento de crisis mundial -económica, social, moral, espiritual...-, sus decisiones estén orientadas a promover un mundo más justo y humano en el que todas las personas sean tenidas en cuenta sin exclusión. Roguemos al Señor.

R/. Te rogamos, óyenos.

— Por todas aquellas personas que pasan por situaciones de sufrimiento, enfermedad, guerra, conflicto...; para que sientan la fortaleza y el consuelo de Dios a través del cuidado y cercanía de quienes seguimos a Jesús. Roguemos al Señor.

R/. Te rogamos, óyenos.

— Te suplicamos, Señor, que sigas llamando a más trabajadores a tu mies, desde el ministerio sacerdotal y la vida consagrada, para que con su vida anuncien la alegría del Evangelio, aviven la fe de los creyentes y cuiden de la vida en los lugares donde está amenazada. Roguemos al Señor.

R/. Te rogamos, óyenos.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

Señor, Padre santo, tú que invitas a todos los fieles a alcanzar la caridad perfecta, pero no dejas de llamar a muchos para que sigan más de cerca las huellas de tu Hijo, concede a los que tú quieras elegir con una vocación particular llegar a ser, por su vida, signo y testimonio de tu reino ante la Iglesia y ante el mundo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

Dios todopoderoso y eterno, que has dado a tu Iglesia el gozo inmenso de la resurrección de Jesucristo, concédenos también la alegría eterna del reino de tus elegidos, para que así el débil rebaño de tu Hijo tenga parte en la admirable victoria de su Pastor. Él, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

LECCIONARIO: volumen III (C), lecturas del domingo: Hch 13, 14. 43-52; Sal 99; Ap 7, 9. 14b-17; Jn 10, 27-30.

SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

— En el tiempo pascual los cristianos celebramos la Resurrección de Cristo, en quien se cumple la promesa de Dios. La Resurrección es motivo de alegría; Dios cuida de su pueblo como el pastor cuida de su rebaño y nos conduce a la vida plena.

— Tres rasgos caracterizan al Buen Pastor: conoce a las ovejas, da la vida por ellas y cuida de la unidad del rebaño (del pueblo). El agradecimiento surge del corazón del creyente, que se siente incondicionalmente amado por Dios. Cada creyente está invitado a seguir al Buen Pastor, y los sacerdotes y consagrados tienen la especial encomienda de conocer, dar la vida y cuidar al Pueblo de Dios.

— En este momento de crisis mundial en muchos niveles – económico, moral, social, espiritual...– los creyentes estamos invitados a anunciar con nuestra vida la alegría de la Resurrección. El Buen Pastor nos guía y enseña a vivir desde sus mismas actitudes: generosidad, humildad, entrega...; y mostrar así otro modo de vida al estilo de Jesús, que tiene la fuerza de transformar los valores de nuestra sociedad: poder, prestigio, acumulación... Como Pablo y Bernabé, cuando anunciamos la Buena Noticia de Jesús, aún en situaciones adversas, experimentamos gozo y consuelo, que confirman la presencia de Dios.

— Dios sigue llamando para asociarnos a su tarea de salvación en el mundo. Dios nos llama por nuestro nombre y nos da una misión. La vida es vocación y está llamada a vivirse en plenitud. La vocación es un regalo, la vida consagrada y el ministerio sacerdotal son un don para la Iglesia. Los sacerdotes y religiosos

están llamados a prologar en su existencia la vida de Cristo. Como Iglesia, debemos hacernos responsables de cuidar, promover, animar y acompañar a quienes sienten la vocación al sacerdocio y/o a la vida consagrada.

— Pidamos al Espíritu Santo, por intercesión de santa María, que avive el corazón generoso de tantos jóvenes que desean entregar su vida, para que el Señor les llame a la vida sacerdotal y consagrada. También presentamos a todos los creyentes para que nos sintamos responsables de los procesos de maduración de la fe y discernimiento vocacional de los jóvenes.

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe:

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos. Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Unidos a toda la Iglesia dirigimos nuestra oración a Dios, que guía, cuida y acompaña a su pueblo.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.